

**ALICE FEENEY**



**SÉ  
QUIÉN  
ERES**

•DELICIOSAMENTE  
OSCURA  
Y RETORCIDA.►  
LUCY FOLEY

•INTELIGENTE Y  
COMPULSIVO. NUNCA  
ADIVINARÁS EL FINAL.►  
LOUISE CANDLISH

Aimee Sinclair: la actriz que todo el mundo cree conocer, aunque no recuerda de dónde.

Pero alguien sabe exactamente quién es.

Alguien que sabe lo que ha hecho.

Y la está observando.

Cuando Aimee llega a casa y descubre que su marido ha desaparecido, no parece saber qué hacer ni cómo actuar. La policía cree que oculta algo y tiene razón, lo hace, pero tal vez no lo que piensan. Aimee guarda un secreto que nunca ha compartido y, sin embargo, sospecha que alguien lo sabe. Mientras lucha por mantener intactas su carrera y su cordura, su pasado regresa para perseguirla de forma más peligrosa de lo que jamás hubiera imaginado.

*Sé quién eres* te mantendrá en vilo, con el pulso acelerado hasta la última página.

Este es el *thriller* psicológico más retorcido que leerás en todo el año.

A Jonny.  
Hay muchas clases de agentes.  
Yo conseguí el mejor.

No todo el mundo quiere ser alguien.  
Algunos simplemente quieren ser otra persona.

# 1

## **Londres, 2017**

Soy esa chica que te suena, pero no recuerdas de dónde.

Miento para ganarme la vida. Es lo que se me da mejor: convertirme en otra persona. Los ojos son la única parte de mí que todavía reconozco en el espejo, atisbándome detrás de la cara maquillada de una persona ficticia. Otro personaje, otra historia, otra mentira. Desvío la mirada, lista para abandonar a esa persona por esta noche, y me paro a mirar el cartel que hay en la puerta del camerino.

AIMEE SINCLAIR.

Es mi apellido, no el de mi marido. No me lo cambié.

Quizá porque en el fondo siempre supe que nuestro matrimonio solo duraría hasta que la vida nos separase. Me digo a mí misma que mi nombre únicamente me define si yo se lo permito. Es solamente un puñado de letras dispuestas en un orden determinado; poco más que un deseo de tus padres, una etiqueta, una mentira. A veces me gustaría reordenar esas letras para convertirlas en otra cosa. En otra persona. Un nuevo nombre para un nuevo yo. El yo en el que me convertiría cuando nadie miraba.

Conocer el nombre de una persona no es lo mismo que conocer a esa persona.

«Creo que rompimos anoche».

A veces son las personas que más nos quieren las que más daño nos hacen, porque ellas pueden hacérselo.

«Él me hizo daño».

Hemos adquirido el mal hábito de hacernos daño mutuamente; las cosas han de estar rotas para arreglarlas.

«Yo también le hice daño».

Compruebo que me he acordado de meter mi libro en el bolso; otras personas comprueban que llevan el monedero o las llaves, yo me cerciuro de llevar el libro. El tiempo es precioso, nunca sobra, y yo mato el mío leyendo en el plató entre escena y escena. Desde niña, he preferido habitar las vidas ficticias de otros, esconderme en historias que tienen un final más feliz que la mía. Somos lo que leemos. Cuando estoy segura de que no se me olvida nada, me alejo por el pasillo para regresar a lo que era, a la que era, al lugar de donde vine.

«Anoche sucedió algo terrible».

Me he esforzado en fingir que no fue así, he tratado de reacomodar los recuerdos; pero todavía oigo sus palabras llenas de odio, todavía noto sus manos alrededor de mi cuello, todavía veo en su rostro esa expresión que nunca le había visto.

«Aún puedo arreglarlo. Aún puedo arreglar lo nuestro».

Las mentiras que nos contamos a nosotros mismos siempre son las más peligrosas.

Fue una pelea, nada más. Todo el que ha amado se ha peleado alguna vez.

Recorro los pasillos bien conocidos de los estudios Pinewood, dejando atrás el camerino, pero no mis pensamientos ni mis temores, que me siguen de cerca. Mis pasos parecen lentos e indecisos, como si pretendieran retrasar el momento de volver a casa, temerosos de lo que me aguarde allí.

«Yo le amaba; todavía le amo».

Creo que es importante recordarlo. No siempre hemos sido la versión de nosotros mismos en la que nos hemos convertido. La vida modifica las relaciones del mismo mo-

do que el mar modela la arena: erosionando dunas de amor, construyendo arrecifes de odio. Anoche le dije que se había terminado. Le dije que quería el divorcio y que esta vez hablaba en serio.

«No. No hablaba en serio».

Subo a mi Range Rover y conduzco hacia la entrada icónica del estudio, dirigiéndome hacia lo inevitable. Me repliego sobre mí misma, ocultando las aristas de mi yo que prefiero que no vean los demás, doblando los bordes afilados hasta que quedan ocultos. El hombre de la garita me saluda con una expresión amable. Yo me obligo a devolverle la sonrisa y me alejo.

Para mí, actuar no ha sido nunca una cuestión de querer llamar la atención o desear que me miren. Si hago lo que hago es porque no sé hacer otra cosa, y porque es lo único que me hace feliz. Una actriz tímida es un oxímoron para la mayoría de la gente, pero justo eso es lo que soy yo. No todo el mundo quiere ser alguien. Algunos simplemente quieren ser otra persona. Actuar es fácil; es ser yo misma lo que encuentro difícil. Antes de casi cada entrevista o recepción, vomito. Me enfermo físicamente y me pongo de los nervios cuando he de enfrentarme con la gente siendo yo misma. Pero cuando subo a un escenario o me coloco frente a una cámara en el papel de otra, me siento como si fuera capaz de volar.

«Nadie entiende quién soy de verdad, excepto él».

Mi marido se enamoró de la versión de mí que yo era antes. Mi éxito es relativamente reciente, y cumplir mis sueños fue el comienzo de sus pesadillas. Él intentó ser comprensivo al principio, pero yo nunca fui algo que estuviera dispuesto a compartir. Aun así, cada vez que la ansiedad me destrozaba, era él quien volvía a recomponerme. Un gesto amable de su parte, aunque también egoísta. Para tener la satisfacción de arreglar algo, o bien has de dejarlo roto durante un tiempo, o bien has de volver a romperlo tú mismo.

Conduzco despacio por las calles más rápidas de Londres, ensayando en silencio para la vida real, captando en el espejo inoportunos atisbos de mi yo ficticio. La mujer de treinta y seis años que veo parece enojada por tener que abandonar su disfraz. No soy guapa, pero dicen que tengo una cara interesante. Mis ojos son demasiado grandes para el resto de mis facciones, como si todas las cosas que han visto los hubieran agrandado de forma desproporcionada. Mi cabello largo y oscuro ha sido alisado por manos expertas, no las mías, y ahora mismo estoy delgada, porque el papel que interpreto lo requiere así y porque con frecuencia se me olvida comer. Olvido comer porque una periodista escribió una vez que era «rolliza, pero mona». No recuerdo qué dijo de mi interpretación.

Fue el año pasado, en una reseña de mi primer papel cinematográfico. Un papel que cambió mi vida, y la de mi marido, para siempre. Ciertamente cambió nuestra cuenta corriente, pero nuestro amor ya estaba en números rojos. A él le molestaba mi éxito –me alejaba de su lado–, y yo creo que necesitaba hacerme sentir pequeña para poder volver a sentirse grande. Ya no soy la mujer con la que se casó. Ahora soy más que ella, y me parece que él preferiría que fuera menos. Él es periodista, y tiene su propio prestigio, pero no es lo mismo. Pensó que me estaba perdiendo y empezó a retenerme con demasiada fuerza, con tanta fuerza que me hacía daño.

«Creo que en parte me gustaba».

Aparco en la calle y dejo que mis pies me lleven por el sendero del jardín. Compré la casa adosada de Notting Hill porque pensé que quizá serviría para arreglar las cosas mientras volvíamos a hipotecar nuestro matrimonio. Pero el dinero es un parche, no una cura para los corazones y las promesas rotas. Nunca me he sentido tan atrapada por mis propios errores. Construí una prisión, como suele hacer la gente, con sólidos ladrillos de culpas y de-



beres. Con paredes que no parecían tener puertas. La salida estaba ahí, pero yo no la veía.

Abro la puerta y entro. Enciendo las luces de cada una de las habitaciones oscuras, frías y vacías.

–Ben –digo, quitándome el abrigo.

Incluso el sonido de mi voz llamándole suena raro, positivo, ajeno.

–Ya estoy en casa –digo en otro espacio vacío.

Resulta falso describir esto como un hogar; nunca he tenido la sensación de que lo fuera. Un pájaro no escoge su propia jaula.

Al no encontrar abajo a mi marido, subo a nuestro dormitorio. Cada paso resuena pesadamente con un eco de temor y duda. Los recuerdos de anoche son un poquito demasiado ruidosos ahora que estoy en el plató de nuestras vidas. Vuelvo a llamarle, pero él no responde. Cuando ya he mirado en todas las habitaciones, vuelvo a la cocina y reparo por primera vez en el sofisticado ramo de flores que hay sobre la mesa. Leo la tarjeta; solo una palabra: «Perdona».

Es más fácil decirlo que sentirlo. Y aún más escribirlo.

Quiero borrar lo que nos ha pasado y volver a los comienzos. Quiero olvidar lo que él me hizo y lo que me obligó a hacer. Quiero empezar de nuevo, pero el tiempo es precisamente lo que se nos había agotado mucho antes de que empezáramos a alejarnos. Tal vez si él me hubiera dejado tener los hijos que yo tanto deseaba, todo habría sido diferente.

Vuelvo al salón y me quedo mirando las cosas de Ben sobre la mesita de café: cartera, llaves, móvil. Él no va a ninguna parte sin su móvil. Lo cojo con mucho cuidado, como si pudiera explotar o desintegrarse entre mis dedos. La pantalla cobra vida, dejando a la vista una llamada perdida de un número que no reconozco. Quiero ver más, pero al volver a apretar el botón me pide la contraseña. Intento adivinarla varias veces y al final se bloquea del todo.

Registro la casa otra vez, pero él no está. No se ha escondido. Esto no es un juego.

Salgo de nuevo al vestíbulo y observo que el abrigo que lleva siempre está donde lo dejó y que sus zapatos siguen junto a la puerta. Lo llamo por última vez, ahora tan fuerte que los vecinos deben de oírme, pero no hay respuesta. Quizás haya salido, simplemente.

«¿Sin cartera, llaves ni móvil? ¿Sin abrigo ni zapatos?»

La negación es la forma más destructiva de la autoagresión.

Una serie de palabras susurran en mis oídos repetidamente: esfumado, huido, marchado, desaparecido, desvanecido.

Luego ese carrusel de palabras deja de dar vueltas y se detiene por fin en la que encaja mejor. Breve y sencilla, la palabra cae en su sitio como la pieza de un puzle que yo no sabía que tenía que resolver.

Mi marido se ha ido.

## 2

Me pregunto adónde va el resto de la gente cuando apaga la luz por la noche.

¿Todos duermen y sueñan? ¿O algunos, como yo, se adentran en un rincón frío y oscuro de su interior, cavando entre las sombras de sus pensamientos y temores más negros, clavando las uñas en el espesor de recuerdos que desearían olvidar, y esperando que nadie vea el lugar en el que se han hundido?

Cuando la carrera hacia el sueño cae ante el ruido del despertador, me levanto, me lavo y me visto. Hago todas las cosas que haría normalmente, si este fuera un día normal. Aunque parece que no consigo hacerlas a una velocidad normal. Cada acto, cada pensamiento resulta dolorosamente lento. Como si la noche me estuviera reteniendo de forma deliberada frente al día que se avecina.

Llamé a la policía antes de acostarme.

No estaba segura de que fuese lo apropiado, pero según parece ya no hace falta esperar veinticuatro horas para llamar a la policía si alguien desaparece. Dicho así, «si alguien desaparece», suena como si fuera un truco de magia, un número de escapismo. Pero la actriz soy yo, no mi marido. La voz del desconocido que me atendió primero sonó tranquilizadora, aunque sus palabras no lo eran. Al menos una palabra en concreto, que deslizó repetidamente en mi oído: extraviado.

Persona extraviada. Marido extraviado. Recuerdo extraviado.

Me acuerdo claramente de la expresión de mi marido la última vez que vi su rostro, pero lo que pasó después está borroso en el mejor de los casos. No porque yo sea olvidadiza, o una borracha –no soy ninguna de las dos cosas–, sino por lo que sucedió después. Cierro los ojos, pero todavía sigo viéndolo, sus rasgos crispados por el odio. Parpadeo para ahuyentar la imagen, como si fuera un grano de arenilla, una partícula irritante que obstruye la imagen de nosotros que prefiero.

«¿Qué he hecho? ¿Qué hice? ¿Por qué me obligó a hacerlo?»

El amable policía con el que hablé finalmente, cuando acerté a marcar el número que me dio su compañero, anotó todos los datos y me dijo que se pondrían en contacto conmigo. También me dijo que no me preocupara.

Igualmente podría haberme dicho que no respirara.

No sé lo que va a pasar a continuación, cosa que no me gusta. Nunca he sido fan de la improvisación. Prefiero que mi vida esté guionizada, planeada y urdida con nitidez. Incluso ahora, sigo esperando que Ben aparezca por la puerta, que me cuente una de sus divertidas y encantadoras historias para explicarlo todo, para que nos bese-mos con más ardor. Pero él no hace tal cosa. No hace nada. Se ha ido.

Me gustaría que hubiera alguien más a quien llamar y contárselo, pero no hay nadie.

Cuando nos conocimos, mi marido reorganizó mi vida gradualmente, criticando a mis amigos y destruyendo mi confianza en ellos, hasta que al final solo quedamos nosotros dos. Él se convirtió en mi satélite particular: siempre girando a mi alrededor, controlando las mareas de mi inseguridad, bloqueando del todo el sol en ocasiones, dejándome en un sitio oscuro donde yo tenía miedo y no veía lo que sucedía realmente.

«O fingía que no lo veía».

Los lazos de un amor como el nuestro se enmarañan hasta formar un nudo difícil de deshacer. Si supiera la verdad, la gente preguntaría por qué seguí con él, y yo les diría la verdad: porque amo lo que somos más de lo que le odio a él; porque es el único hombre con el que me he imaginado teniendo un hijo. Pese a todo lo que Ben había hecho para hacerme daño, eso era lo que yo seguía queriendo: que tuviéramos un bebé y la oportunidad de volver a empezar.

«Una nueva versión de nosotros».

No dejar que me convirtiera en madre fue cruel. Creer que asumiría sus decisiones como si fueran mías fue estúpido. Pero yo soy buena fingiendo. He llegado a ganarme la vida de este modo. Empapelar bien las paredes no implica que las grietas dejen de existir, aunque la vida sea más bonita así.

«Ahora no sé qué hacer».

Trato de seguir como normalmente, pero me cuesta recordar qué significa eso.

Llevo cerca de diez años corriendo casi todos los días; es algo que tengo archivado en la delgada carpeta de las cosas que se me dan bien, y lo disfruto. Hago la misma ruta cada mañana: soy una criatura de costumbres. Me obligo a ponerme las zapatillas, aunque a mis dedos temblorosos les cuesta recordar cómo atar esos cordones que deben de haber atado un millar de veces. Luego me digo que mirar fijamente las paredes desnudas no va a ser de ayuda, no servirá para que él vuelva.

Mis pies encuentran enseguida su ritmo habitual, rápido pero regular, mientras escucho música para atenuar la banda sonora de la ciudad. La adrenalina empieza a desmantelar el dolor, y yo aprieto un poco más. Paso frente al pub de la esquina al que íbamos Ben y yo los viernes por la noche, antes de que se nos olvidara cómo actuar y quién ser cuando estábamos el uno con el otro. Luego de-

jo atrás los bloques de pisos protegidos y los campos de juegos para millonarios de los adosados de lujo de la calle adyacente: la miseria y la opulencia casi codo con codo, o al menos muy próximos.

Mudarse a un sector caro del oeste de Londres fue idea de Ben. Yo estaba en Los Ángeles cuando compramos la casa; el miedo me persuadió de que era lo idóneo. Ni siquiera puse un pie dentro de la casa hasta que fue nuestra. Y cuando lo hice, todo era distinto respecto a las fotos que había visto en Internet. Ben remodeló nuestro nuevo hogar por su cuenta: nuevos accesorios y acabados para aquella nueva versión de nosotros mismos que creíamos que podíamos y debíamos ser.

Al doblar la esquina, mis ojos tropiezan con la librería. Intento no mirar, pero es como la escena de un accidente y no puedo evitarlo. Ahí es donde quedamos en nuestra primera cita. Él ya conocía mi amor por los libros, por eso escogió este sitio. Yo llegué algo temprano aquella tarde, con nervios y expectación, y estuve ojeando las estanterías mientras esperaba. Al cabo de quince minutos, al ver que mi cita aún no se había presentado, mi nivel de ansiedad se disparó.

—Disculpe, ¿es usted Aimee? —me preguntó un anciano caballero con una amable sonrisa.

Me sentí confusa y un poco asqueada; ese viejo no se parecía en nada al joven apuesto de la foto que había visto en su perfil. Consideré la idea de largarme sin más.

—Ha venido antes un cliente, ha comprado esto y me ha pedido que se lo diera. Ha dicho que era una pista.

El anciano sonreía como si no se divertiera tanto desde hacía años. Y acto seguido me tendió un paquete pulcramente envuelto con papel marrón. Ya sin la tensión inicial, las cosas parecieron encajar y comprendí que aquel era el dueño de la librería, no mi cita. Le di las gracias, cogí lo que supuse que sería un libro y observé complacida que me dejaba sola para desenvolverlo. En el interior del pa-

quete, encontré uno de los libros preferidos de mi infancia: *El jardín secreto*. Tardé un rato en caer en la cuenta, pero al fin recordé que la floristería de la esquina tenía el mismo nombre que el libro.

La mujer de la floristería sonrió en cuanto entré, acompañada por el tintineo de la campanilla.

—¿Aimee?

Al ver que asentía, me dio un ramo de rosas blancas. Había una nota.

Acepta estas rosas blancas. Y disculpa por el retraso.  
Aguardo la noche con impaciencia. Tú eres mi cita perfecta.

La leí tres veces, como tratando de traducir las palabras; luego advertí que la florista seguía mirándome con una sonrisa. Siempre me pone nerviosa que la gente me mire fijamente.

—Ha dicho que se reuniría con usted en su restaurante favorito.

Le di las gracias y salí. No teníamos un restaurante favorito, pues nunca habíamos cenado juntos. Caminé por la calle principal, cargada con el libro y las flores, disfrutando del juego. Repasé mentalmente nuestras conversaciones por correo electrónico y recordé una que tuvimos sobre comida. Sus preferencias habían resultado ser muy sofisticadas; las mías... no tanto. Me arrepentí de haberle dicho cuál era mi plato favorito y le eché la culpa a mi educación tan poco refinada.

El hombre me sonrió desde detrás del mostrador del garito de pescado frito con patatas. Entonces, yo era cliente habitual.

—¿Sal y vinagre?

—Sí, por favor.

Él añadió unas patatas fritas y me pasó el cucurucho de papel, junto con una entrada de cine para esa misma noche. Las patatas estaban muy calientes, y yo estaba dema-